

## ¿AL CALOR DE LA VIOLENCIA? MOVILIZACIONES EN A CORUÑA EN EL VERANO DE 1917

Rosalía Regueiro Méndez\*

Recibido: 4 Mayo 2013 / Revisado: 1 Junio 2013 / Aceptado: 10 Junio 2013

### INTRODUCCIÓN

En el verano del año 1917, Europa estaba envuelta en el complicado contexto de lo que conocemos como “la Gran Guerra”. A primera vista, se podría caer en la tentación de pensar que España, por su condición de no beligerante, quedaba al margen de las convulsiones. Nada más lejos de la realidad, ya que también conoció en propias carnes el ciclo revolucionario que sacudió la Europa de finales de la Primera Guerra Mundial. Y es que este conflicto influyó sobremanera en las transformaciones socioeconómicas y “agudizó el sentimiento reivindicativo de los sectores subordinados”<sup>1</sup>. En la medida en que la Restauración no tuvo (o quizás no le interesó tener) la capacidad de integrar en el sistema elementos democratizadores que fuesen capaces de abrir nuevos caminos para la integración social y de negociación colectiva que permitiesen alcanzar soluciones pacíficas a los conflictos, se vio desafiada desde una triple dimensión: militar, política y sindical<sup>2</sup>.

En primer lugar, desde la esfera militar, al regresar el pretorianismo a la primera línea de la vida pública al organizarse las Juntas de Defensa. En ellas, los suboficiales del arma de Infantería se organizaron en una suerte de sindicato de juntas locales y regionales en Barcelona. Pretendían defender sus intereses en contra de las supuestas prácti-

cas “favoritistas” que se venían conociendo por parte de la oficialidad. Sin embargo, este intento de sindicación suponía una clara violación de la disciplina militar, por lo que finalmente fueron detenidos y encarcelados en Montjuïc. Su mensaje, que en el fondo no perseguía más que fines “profesionales”, fue entendido por algunas fuerzas de la oposición como el posicionamiento de parte del espectro militar a favor de un cambio político y social<sup>3</sup>.

En segundo lugar, el régimen conoció un desafío de tipo político. Ante el malestar existente, Cambó convocó una Asamblea de Parlamentarios desde la que canalizar los intereses de la oposición política al sistema para abrir el espacio político a otros sectores. Entre sus demandas, la concesión de la soberanía nacional plena, mayor independencia del poder legislativo frente al ejecutivo e inicio de una política descentralizadora que caminase hacia una mayor autonomía regional. Finalmente, a ella acudieron menos parlamentarios de los que se esperaba en un principio (regionalistas, republicanos y reformistas) y fue disuelta sin demasiados problemas por las fuerzas del orden.

En tercer lugar, estaría el desafío planteado por las sociedades obreras. Con el movimiento de las Juntas de Defensa detenido y la Asamblea de Parlamentarios desactivada, el movimiento obrero se quedó solo en ante el triple desafío al gobierno.

\* Universidade de Santiago de Compostela. E-mail: rosaliaregueiro@hotmail.com.

<sup>1</sup> González Calleja, E., “La razón de la fuerza. Una perspectiva de la violencia política en la España de la Restauración”. *Ayer*, 13 (1994), 91.

<sup>2</sup> Barrio Alonso, Á., *La modernización de España (1917-1939). Política y sociedad*, Madrid, Síntesis, 2004, 13.

<sup>3</sup> Boyd, C. P., “Violencia pretoriana: Del Cu-Cut! Al 23-F”, en Santos Juliá (dir.), *Violencia política en la España del siglo XX*. Madrid, Taurus, 2000, 309-309.

No evitó esto, sin embargo, que caminasen hacia la huelga general que tuvo lugar en agosto de 1917.

Y en este contexto en el que el sistema empezaba a mostrar fisuras, aquel verano se conoció en Coruña una enorme movilización social, duramente reprimida por las fuerzas del orden, garantes del sistema restauracionista. Mas, ¿qué ocurre exactamente durante aquel verano? ¿Existieron episodios violentos como los conocidos en Barcelona o Madrid, por ejemplo, que se saldasen con heridos e incluso muertos? ¿Tuvieron lugar estos episodios violentos en el conjunto del Estado o se limitaron a grandes ciudades? Lo que parece es que, a pesar de los diversos incidentes que tuvieron lugar durante aquellos meses y de que la huelga consiguió paralizar la ciudad casi por completo durante una semana, en A Coruña no se conocieron alteraciones importantes del orden público ni elevadas cuotas de violencia<sup>4</sup>.

## 1. EMPIEZA EL VERANO. CONTINÚAN LAS MOVILIZACIONES

Corpus Christi es una de las festividades religiosas que suelen marcar el inicio de la temporada estival. En 1917, los Jesuitas planeaban una importante procesión a la que iban a acudir relevantes personalidades de la sociedad herculina en un contexto que se podría calificar de “calma tensa”: los obreros municipales reclamaban aumento de jornal, existían disidencias entre las dos sociedades de las cigarrerías, se realizaban paros en la fábrica del gas... Y todo esto venía a sumarse a la tensión provocada por la todavía “fresca” huelga general de diciembre de 1916, una de las mayores movilizaciones sociales (si no la que más) conocidas en el país hasta la fecha.

Ante el complejo contexto estatal y local, las “entidades democráticas”, vieron en la procesión no un acto religioso, sino una manifestación “de los grandes trust de la religión”<sup>5</sup>. Por ello, convocaron un mitin y una manifestación anticlerical para el mismo día. El Gobernador Civil interino, Sr. Blin, decidió no autorizar la manifestación ya que ante las radicales palabras con las que se convocaba al mismo, no resultaba complicado prever que la situación fácilmente se complicaría. Efectivamente, pocos días antes, el *Centro Germinal*<sup>6</sup> y las entidades democráticas hacían circular hojas sueltas en las que hacían suyas las palabras pronunciadas en 1901 (año en el que las protestas y huelgas por el conflicto de consumos se saldaron con varios muertos en A Coruña) por Alfredo García Ramos<sup>7</sup>, en las que maldecía a los Jesuitas y llamaba a “aplus-tarles la cabeza”<sup>8</sup>. El mitin se celebró el 15 de junio y en él tomaron parte destacados miembros del elemento obrero como Juan No, Ángela Collado o Severino Chacón; del *Centro Germinal* como Constancio Romeo, director de la Escuela Laica; y del republicanismo local como el médico Rodríguez o Casares Quiroga, quien veía en la procesión una “provocación por sacar a la calle en momentos de hambre como los actuales miles de duros en alhajas místicas”<sup>9</sup>.

A la salida del mitin se formaron grupos que, con los ánimos excitados, se dirigieron hacia la zona de la procesión en pleno centro de la ciudad. Esquivando los cordones de la Guardia Civil y las fuerzas de Infantería y Caballería que patrullaban las calles<sup>10</sup>, consiguieron llegar hasta la zona aledaña al trazado de la misma, donde lanzaron piedras al local de la Juventud Católica y del periódico católico *El Ideal Gallego*. Se produjeron cargas a

<sup>4</sup> Algunos estudios apuntan a que en otras ciudades, como Logroño, tampoco se conocieron episodios violentos relacionados con la huelga general de agosto: Gil Andrés, C., “A mano airada. La violencia en la España contemporánea”, Muñoz, J.; Ledesma, J. L. y Rodrigo, J. (cords.), *Culturas y políticas de la violencia en la España del siglo XX.*, Madrid, Siete Mares, 2005, 62. Además, autores como Emilio Grandío, apuntan en esta misma dirección para el caso de A Coruña: Grandío, E., “La Coruña en el siglo XX”, en José María Bello et al., *Historia de La Coruña*. A Coruña, Vía Láctea, 1995, 401.

<sup>5</sup> *El Noroeste*, 16 de junio de 1917 [1].

<sup>6</sup> Este centro, fundado en 1902, se preocupó por la formación de los obreros a través de su biblioteca y de la organización de conferencias y veladas. No sin pocas dificultades, sobrevivió hasta el inicio de la guerra y en él convivieron destacados miembros del republicanismo local y del movimiento obrero: Romero, A. y Pereira, C., *Germinal: Centro de Estudios Sociales*. Betanzos, Briga, 2003.

<sup>7</sup> Paradójicamente, en 1917 era director del diario católico coruñés *El Ideal Gallego*.

<sup>8</sup> ARQUIVO DA REAL ACADEMIA GALEGA, Publicaciones Periódicas, RG 17/61, “Hoja suelta suplemento al número 244 de *La Voz del Obrero*”.

<sup>9</sup> *El Noroeste*, 16 de junio de 1917 [1].

<sup>10</sup> *La Voz de Galicia*, 16 de junio de 1917 [1].

caballo, disparos y varios sablazos que además de a un niño, hirieron a Casares Quiroga. Herida que, por cierto, le trajo réditos en el futuro al acabar convirtiéndose en una suerte de “mártir” para el movimiento obrero herculino<sup>11</sup>.

Este episodio no sólo presagiaba la sucesión de acontecimientos que se iban a conocer aquel verano, sino la colaboración entre dos de los elementos protagonistas de la misma: obreros y republicanos. Y es que, en palabras de González Calleja, “el republicanismo más intransigente mantuvo durante cierto tiempo una confusa relación de rivalidad y afinidad conspirativa con el anarquismo”<sup>12</sup>.

Después de los sucesos de junio, el mes de julio transcurrió tranquilo en A Coruña, como una especie de calma que, en este caso, precedió a la tempestad de agosto.

La problemática inmediata que desembocó en la huelga de agosto de 1917 hunde sus raíces en el conflicto ferroviario de Valencia casi un mes antes. Ferroviarios y tranviarios se declararon en huelga a mediados de julio<sup>13</sup>. A partir de ahí, los ferroviarios de toda España acordaron ir a la huelga en solidaridad con sus compañeros despedidos en la capital del Turia, en lo que Largo Caballero consideró un adelanto con el que “evitar males mayores” puesto que ir al “movimiento revolucionario, sin estar preparados, era ir al fracaso seguro”<sup>14</sup>.

En el caso coruñés, tenemos noticias, ya desde los primeros días de agosto, de las quejas de los ferroviarios. Una de las protestas principales pivotaba alrededor del malestar por la continua presencia de militares tanto en las vías como en las estaciones. Esta presencia, no se limitaba a la ciudad herculina, sino al conjunto del Estado. El desaso-

siego de los ferroviarios venía de que la actuación militar no se limitaba a hacer prácticas, sino que la Compañía les encomendaba las suplencias. Es decir, que en un contexto de escasez de puestos de trabajo y aumento de precios, los militares constituyeron una fuente de competencia para los obreros que no estaban dispuestos a pasar por alto<sup>15</sup>.

En A Coruña, se añadió la huelga de los obreros municipales poco después. El desencadenante, la destitución de un enfermero reprendido por un médico al tocar la herida de un paciente inadecuadamente, con el correspondiente riesgo de infección. El médico lo recriminó duramente, a lo que el enfermero contestó con igual dureza. Esta falta de respeto, reconocida en todo momento por el propio enfermero, implicó su destitución<sup>16</sup>. De este modo, en solidaridad con el compañero despedido para el que se pedía la readmisión inmediata, a las 07:30 de la mañana, comenzó la huelga de brazos caídos los barrenderos, a los que siguieron los encargados de las matanzas en el matadero municipal, los enterradores, etcétera<sup>17</sup>. El gobierno municipal, ya de por sí enredado en sus disputas internas<sup>18</sup>, vio abrirse un nuevo elemento de desencuentro en el conflicto municipal. Finalmente, el alcalde Puga y Parga, “Picadillo”, optó por trasladar de centro al enfermero (en lo que algunos vieron como una rendición ante los obreros<sup>19</sup>) mientras una comisión depuraba lo sucedido. Uno de los aspectos más interesantes de todo esto nos lo aclara el propio Picadillo en *Mi vida política* al decir que, pese a que él pretendió sancionar el acto de violencia como a su juicio le parecía, “de arriba se me dijo que debía transigir”<sup>20</sup>. Esta supuesta “transigencia” contrastaba con la visión aceptada por gran parte de la historiografía según la cual, la bru-

<sup>11</sup> ARES BOTANA, Ó., “Santiago Casares Quiroga: Las claves del ascenso al poder local (1884-1929)”, en Joaquín Rodero y Emilio Grandío (eds.), *Santiago Casares Quiroga. La forja de un líder*. Madrid, Eneida, 2011, 50.

<sup>12</sup> González Calleja, E., “La razón de la fuerza. Una perspectiva”, op. cit., 98.

<sup>13</sup> Casanova, J. y Gil Andrés, C., *Historia Contemporánea de España en el siglo XX*. Barcelona, Ariel, 2009, 63.

<sup>14</sup> Largo Caballero, F., *Escritos de la República*. Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1985, 8.

<sup>15</sup> *El Noroeste*, 02 de agosto de 1917 [1].

<sup>16</sup> ARCHIVO MUNICIPAL, Ayuntamiento de La Coruña, Libro de Acuerdos Municipales Segundo Semestre, 147, “Sesión ordinaria del lunes 06 de agosto de 1917”, 42-46.

<sup>17</sup> *El Noroeste*, 06 de agosto de 1917 [1].

<sup>18</sup> A pesar de controlar plenamente el poder local, el republicanismo coruñés era muy fragmentario y su unidad parecía casi imposible: Giadás Álvarez, L., “Del Casino a las definitivas elecciones de 1931”, en Xosé Alfeirán, Emilio Grandío y Ana Romero, *El republicanismo gallego en la historia*. A Coruña, Concello de A Coruña, 2001, 102.

<sup>19</sup> *La Voz de Galicia*, 07 de agosto de 1917 [1].

<sup>20</sup> Puga y Parga, M. M., *Mi vida política*. A Coruña, Tipográfica Obrera, 1917, 135.

tal represión de la huelga de julio estaba directamente relacionada con una estrategia premeditada del Gobierno que buscaría provocar al movimiento obrero para que iniciara la movilización estando todavía en un estado inmaduro<sup>21</sup>.

## 2. LA HUELGA ES COMO LA LLUVIA: EN SITIOS MENOS HÚMEDOS TAL VEZ ASUSTE; EN CORUÑA, NO<sup>22</sup>.

Maduro o no, lo cierto es que la huelga fue fechada para el 10 de agosto. La convocatoria se hizo pública días antes<sup>23</sup> y, a partir de ahí, la prensa mostró una especie de “maratón” gubernamental para intentar evitarla. Las gestiones llevadas a cabo así como las reuniones entre las diferentes partes implicadas (Compañía y delegados obreros, principalmente), se sucedieron a lo largo de las páginas de la prensa de esos días. El Gobierno insistía en que de no declararse la huelga en esa jornada, quedarían invalidados los permisos solicitados y las autorizaciones dadas por parte de los Gobernadores Civiles, por lo que habría que volver a iniciar un nuevo proceso burocrático para una fecha diferente. A esto, los delegados obreros respondieron manteniendo la convocatoria en curso para “adelantar trabajo”: continuarían con las negociaciones, mas la convocatoria seguía en pie por si no se alcanzaba un acuerdo que finalmente, no llegó. En la fecha señalada, los ferroviarios abandonaron el trabajo. Por el camino, habían quedado propuestas no aceptadas por los sindicatos como la creación de una suerte de tribunal formado por tres obreros, tres representantes de la Compañía y un miembro designado por el Gobierno que actuó como árbitro. Estas soluciones a “medias tintas” no satisficieron las expectativas de los ferroviarios, desconfiados ante el incumplimiento de las promesas hechas por Compañía y autoridades para la resolución de la huelga de 1916: habían aprendido la lección.

En el caso de la línea A Coruña-Monforte, la decisión de ir a la huelga se tomó prácticamente por unanimidad: doscientos cuarenta y cuatro votos a favor y cinco en contra<sup>24</sup>. A partir de ahí, los ferroviarios abandonaron el trabajo y desde la media noche, fueron sustituidos por militares. La estación, quedó bajo una estrecha vigilancia de las fuerzas del orden. En estos primeros días, la versión varía en función de la prensa que se consulte: mientras para el republicano *El Noroeste* “en La Coruña huelgan pudiéramos decir que todos los obreros ferroviarios”<sup>25</sup>, para el católico *El Ideal Gallego* “la mayor parte de los trenes son atendidos por fogoneros y maquinistas de la empresa”<sup>26</sup>. Sin embargo, si se lee entre líneas, se verá que la huelga fue secundada por la mayoría de los ferroviarios y poco tiempo después, por casi todas las sociedades obreras, algunas de ellas tan importantes como las de la Fábrica de Tabacos (*Unión Tabacalera*, vinculada a la UGT y *La Nueva Aurora*, anarcosindicalista) o la de estibadores del puerto, lo que obligó a voluntarios y soldados a realizar las cargas y descargas de barcos en los muelles. También se unió una importante número de los obreros municipales: barrenderos, bomberos, enterradores, jardineros, empleados del matadero municipal...

Lo anterior llevaría a otra reflexión, y es que, pese a que algunos obreros trabajaron con más o menos normalidad (sastres o barberos por ejemplo<sup>27</sup>) lo cierto es que aquellos sectores más relevantes para la ciudad, habrían quedado paralizados de no ser por la intervención militar: tranvías, trenes, fábrica de petróleo, panadería de la Cooperativa Militar y Civil, puerto, fábrica de gas, etcétera se mantuvieron en funcionamiento porque los soldados pasaron a desempeñar las tareas de los trabajadores huelguistas.

Así, vemos como a pesar de que la prensa más conservadora se empeñaba en dar la huelga como fracasada, esto sería discutible, al menos en su

<sup>21</sup> Casanova, J. y Gil Andrés, C., *Historia Contemporánea*, op. cit., 63.

<sup>22</sup> Idea desarrollada por Francisco Camba en *La Voz de Galicia*, 21 de agosto de 1917 [1] y que da muestra de lo habitual del conflicto sindical en la ciudad herculina.

<sup>23</sup> Algunos investigadores han visto en esta publicación un motivo del fracaso de la huelga, ya que dio tiempo a las autoridades para reaccionar: González Calleja, E., *La razón de la fuerza. Orden público, subversión y violencia política en la España de la Restauración (1875-1917)*. Madrid, CSIC, 1998, 530.

<sup>24</sup> *La Voz de Galicia*, 08 de agosto de 1917 [1].

<sup>25</sup> *El Noroeste*, 12 de agosto de 1917 [1].

<sup>26</sup> *El Ideal Gallego*, 12 de agosto de 1917 [1].

<sup>27</sup> *La Voz de Galicia*, 21 de agosto de 1917 [1].

aspecto de huelga laboral. Por un lado, el hecho de la unidad en la acción de las dos grandes centrales sindicales Unión General de Trabajadores y la Confederación Nacional del Trabajo, hizo que la huelga aglutinase, ya no sólo a la mayoría de obreros, sino a aquéllos encargados de sectores esenciales para el correcto funcionamiento de la ciudad. Por otro (y a pesar de la oposición de los socialistas, que buscaban un cambio democrático y pacífico, como probaron sus intentos de aproximación al elemento republicano<sup>28</sup>) enseguida pasó a ser un movimiento revolucionario, que pretendía ir más allá de las iniciales reivindicaciones de tipo laboral para intentar conseguir un cambio profundo en el sistema. Como ha señalado Pamela Radcliff, esto nos hablaría de “una especie de territorio intermedio” entre una UGT desplazada hacia la acción directa y una CNT exigiendo la democratización del sistema<sup>29</sup>.

Ante este panorama, las autoridades no tardaron en reaccionar. Así, el día 13 se proclamó el Estado de Guerra, cuyas restricciones se vieron ampliadas dos días después. Las sociedades obreras fueron clausuradas desde el primer momento, por lo que no debe extrañarnos que se intensificase la vigilancia, por ejemplo, de bares y tabernas en las proximidades del puerto, algunas de las cuales se saldaron con detenciones de obreros<sup>30</sup>.

Y es que desde muy pronto se procedió a la detención, ya no sólo de individuos pertenecientes a las sociedades obreras de la ciudad, sino de aquellos elementos considerados como peligrosos. Entre éstos se encontraban varios miembros de la corpo-

ración municipal, acusados de formar la “junta revolucionaria” encargada de organizar la huelga en A Coruña. Contra lo que podríamos esperar, esta supuesta junta revolucionaria no estaba formada, en su mayoría, por obreros sino que éstos compartían protagonismo casi a partes iguales con destacados miembros del republicanismo local<sup>31</sup> como Abad Conde (líder del lerrouxismo local)<sup>32</sup> o Santiago Casares Quiroga (que finalmente no fue detenido por figurar como “ausente”). Así, nos encontramos con cinco obreros procesados (dos de ellos líderes del socialismo y anarcosindicalismo en la ciudad) y seis miembros de la corporación municipal que, junto con varias decenas, pasaron a engrosar las cifras de ocupación de las prisiones locales. El número de detenidos, si bien varía según las diversas fuentes<sup>33</sup>, fue elevado en todo caso.

Todo lo anterior no resulta descabellado si tenemos en cuenta algunas de las acciones llevadas a cabo por los huelguistas, que no sólo abandonaron el trabajo, sino que intentaron llevar a cabo diversos actos de sabotaje<sup>34</sup>: el hilo telefónico fue cortado, fueron colocados diversos obstáculos en las vías, se quemaron pajares para intentar coaccionar a los labradores de las inmediaciones y evitar que entrasen en la ciudad a vender sus productos, en las afueras de la ciudad se registró alguna coacción para el abandono del trabajo<sup>35</sup>, se extendió un cable para hacer tropezar a los caballos de la Guardia Civil<sup>36</sup>... Sin embargo, sí que llama la atención cuando no constan demasiadas noticias de episodios violentos durante el desarrollo de la huelga y estos se saldaron sin víctimas: se tiene noticia de que un chiquillo efectuó un disparo contra un

<sup>28</sup> González Calleja, E., *La razón*, op. cit., 523-527.

<sup>29</sup> Radcliff, P. B., *De la movilización a la Guerra Civil. Historia política y social de Gijón (1900-1937)*. Barcelona, Debate, 2004, 190.

<sup>30</sup> ARCHIVO INTERMEDIO MILITAR NOROESTE, Gobierno Militar de A Coruña, 01621/ 010, 13 de agosto de 1917, “Diligencias previas s/n”, 1 y 01598/007, 13 de agosto de 1917, “Causa s/n”, 1.

<sup>31</sup> ARCHIVO INTERMEDIO MILITAR NOROESTE, Gobierno Militar de A Coruña, 01599/001, año 1917, “Causa s/n”.

<sup>32</sup> Barreiro Fernández, J. R., *Historia de la Ciudad de La Coruña*. A Coruña, *La Voz de Galicia*, 1986, 485.

<sup>33</sup> La prensa arroja diversas cifras que irían desde los 202 detenidos de *El Noroeste* hasta los 172 de *El Ideal Gallego*. El Ayuntamiento habla de 205 (ARCHIVO MUNICIPAL, Expedientes disciplinarios de personal, C-2684, “Relación de los detenidos con motivo de los sucesos desarrollados en esta ciudad durante el mes de agosto del año 1917” y “Relación de las mujeres detenidas con motivo de los sucesos desarrollados durante el mes de agosto del año 1917”).

<sup>34</sup> Sucesos en esta línea ocurren también en otras ciudades gallegas como es el caso de Ourense: Freán Hernández, Ó., “Crisis social y reivindicación obrera en la España de la Restauración: La Huelga General de agosto de 1917 en Ourense”, *MINIUS*, V, 122.

<sup>35</sup> *La Voz de Galicia*, 21 de agosto de 1917 [2].

<sup>36</sup> García García, J., *Conferencia de José García García “Pepín el de la Lejía”: Relatos de vida de un socialista coruñés*. A Coruña, Partido Socialista Obrero Español, 1991, 11.

ferroviario que acudía al trabajo sin llegar a herirlo<sup>37</sup> y de que existieron repartos de armas tan precipitados, que las municiones no eran del calibre adecuado, por lo que resultaron inútiles<sup>38</sup>.

Cierto es que poco tiempo antes el mitin anticlerical ya comentado se saldó con cargas policiales a caballo y disparos que acabaron con varios heridos de bala y de sable. Cierto lo es también que los llamamientos a este mitin utilizaban un discurso excitado en el que tanto se abogaba por “agotar los medios legales para que se vayan” los Jesuitas como por “aplastarles la cabeza”<sup>39</sup>. Mas no menos cierto es que durante la huelga de agosto que aquí se analiza, no se han encontrado demasiadas noticias sobre sucesos violentos (más allá de los sabotajes ya mencionados y las detenciones). Es más, el propio alcalde, el conservador M. M. Puga y Parga, *Picadillo*, reconocía que en A Coruña, “ese motín callejero o esa revolución, aquí no se vió (*sic.*)”<sup>40</sup>. En esta misma línea se pronunciaba el Directorio del Partido Republicano Autónomo, en una hoja suelta a los ciudadanos en la que elogiaba su comportamiento cívico por “no haberse producido, durante los pasados sucesos, ni el menor desorden”<sup>41</sup>.

Sin embargo, esta relativa calma en el desarrollo de los acontecimientos no puede tomarse como un elemento generalizado en el conjunto del Estado ya que en varias localidades, los sucesos de agosto dejaron tras de sí un importante número de muertos y heridos. Una primera aproximación a alguna prensa de tirada estatal, pone de manifiesto que, desde muy pronto, el paro fue ampliamente secundado en la práctica totalidad de las capitales de provincia. Ahora bien, si se hace referencia a los hechos que acaban con derramamiento de sangre, la tendencia no es tan homogénea.

De este modo, en ciudades de menor tamaño como Burgos, Ávila, Vitoria o León (entre otras) se secundó el paro sin conllevar alteraciones del orden público, mas esto no implica que no se efectuasen detenciones. El polo opuesto lo tendríamos en ciudades más grandes e industrializadas, como serían los casos de Madrid, Barcelona o Bilbao, ciudad esta última, donde la huelga general se vino a sumar al complejo contexto provocado por la huelga de los obreros metalúrgicos. En Madrid, los grupos de piquetes recorriendo fábricas para extender el paro, los repartos de hojas así como intentos más o menos forzosos para conseguir el paro y los cierres de establecimientos se sucedieron a lo largo de las páginas y de los días<sup>42</sup>. Algo parecido ocurrió en la ciudad condal así como en las zonas próximas de Sabadell, por ejemplo, en donde ya los primeros días finalizaron con un balance de “10 muertos y 35 heridos causados por el Regimiento de Infantería Vergara nº 57, foco primigenio del movimiento “juntero””<sup>43</sup>. En ellas los disturbios fueron importantes, se produjeron detenciones desde muy temprano, se levantaron barricadas en las calles<sup>44</sup> y los enfrentamientos entre las fuerzas del orden (Guardia Civil, Ejército, Policía de Seguridad ocupan los lugares estratégicos de las ciudades) y los huelguistas se saldaron con varios muertos y heridos de ambas partes. En Asturias, donde la huelga se mantuvo hasta los últimos días del mes de agosto, la fuerte represión ejercida sobre los obreros huelguistas provocó que se echasen al monte<sup>45</sup>, acto que se repitió tanto tras los sucesos de octubre de 1934 como durante y después de la guerra civil.

No pocos investigadores han explicado cómo en ciudades como Madrid, Barcelona o Bilbao se dejó la protesta pacífica para adquirir “un talante violento”<sup>46</sup>. Así pues, ¿cómo es posible que en una

<sup>37</sup> *La Voz de Galicia*, 21 de agosto de 1917 [2].

<sup>38</sup> García García, J., *Conferencia*, op. cit., 21.

<sup>39</sup> ARQUIVO DA REAL ACADEMIA GALEGA, Publicaciones Periódicas, RG 17/61, “Hoja suelta suplemento al número 244 de *La Voz del Obrero*”.

<sup>40</sup> Puga y Parga, M. M., *Mi vida*, op. cit., 137.

<sup>41</sup> Directorio Del Partido Republicano Autónomo, 09 de noviembre de 1917, Ciudadanos, A Coruña, Tipográfica Obrera, [Hoja suelta]. Disponible desde Internet en <[http://www.galiciana.bibliotecadegalicia.xunta.es/gl/consulta/resultados\\_ocr.cmd?id=621&posicion=5&forma=ficha&tipoResultados=BIB](http://www.galiciana.bibliotecadegalicia.xunta.es/gl/consulta/resultados_ocr.cmd?id=621&posicion=5&forma=ficha&tipoResultados=BIB) [con acceso el 18 de febrero de 2013].

<sup>42</sup> *ABC*, 14 de agosto de 1917 [7].

<sup>43</sup> González Calleja, E., *La razón*, op. cit. 528.

<sup>44</sup> *La Vanguardia*, 19 de agosto de 1917 [4].

<sup>45</sup> *ABC*, 19 de agosto de 1917 [8].

<sup>46</sup> González Calleja, E., *La razón*, op. cit., 528.

ciudad como A Coruña, con una mayoría republicana en el Ayuntamiento, un activísimo movimiento obrero, conflictos laborales en curso durante todo el verano y tensiones violentas contra la Iglesia apenas unas semanas antes, no se conozcan oleadas violentas durante la huelga de agosto como en otras ciudades donde la misma se saldó incluso con muertos? Una posible respuesta nos la ofrece el mismo *Picadillo* unas líneas después de las que ya se han citado y ya se ha comentado unos párrafos atrás: el enorme número de detenidos. Si ya hemos dicho que la prensa recogía las elevadas cifras de prisioneros<sup>47</sup>, el alcalde nos lo confirma: “No en vano hubo más presos en la (*sic.*) Coruña, donde no se rompió un cristal ni se dio un grito, que en las capitales donde corrió abundantemente la sangre y donde la Artillería se vio obligada a hacer fuego”<sup>48</sup>.

Con las sociedades obreras clausuradas, dos bandos declarando el Estado de Guerra en vigor y un elevado número de detenidos que algunas fuentes sitúan en más de 200, no resulta descabellado pensar que las autoridades, a base de esta política represiva, consiguiesen frenar los actos violentos. Y para esta labor represiva, parece plausible que las fuerzas del orden contasen con apoyos sociales, como así lo recogen varios miembros de las sociedades obreras en asamblea, una vez reabiertas las mismas. Ejemplos de ello se encuentran en la *Unión Tabacalera*, cuando se habla de la delación del escondite del líder socialista Severino Chacón<sup>49</sup>.

Por otro lado, las autoridades tenían profundo conocimiento de los elementos obreros de la ciudad. Por la Ley de Asociaciones de 1887, tenían que pedir permiso al Gobierno Civil para realizar asambleas. Caso de ser autorizadas, a ella asistía un inspector de vigilancia que tomaba nota de lo tratado. Además, tenían obligación de enviar periódicamente información sobre socios y miembros de las juntas directivas. Todo este volumen de información, más en una ciudad pequeña donde “el rumor público” también jugaba un importante papel, facilitó sobremanera la localización y deten-

ción de los individuos organizados que pudiesen suponer un riesgo. Esta idea parece corroborarse por el hecho de que varios de los obreros fueron detenidos en sus propias casas a altas horas de la madrugada<sup>50</sup>.

A finales del mes de agosto, la ciudad comenzó a recuperar su normalidad. Así lo muestra la prensa diaria consultada, que volvió a publicarse a partir del día 21. Sin embargo, esta imagen de verano apacible que se esforzaban en mostrar, no lo es tanto cuando se rasca un poco la superficie de paseos, exposiciones y actividades estivales que copaban las páginas de los diarios, insistentes hasta la saciedad en el fracaso de la huelga. Quedaban flecos todavía.

Para empezar, los detenidos que continuaban en las cárceles y que empezaron a abandonarlas a partir del mes de septiembre (los más afortunados, los menos esperaron a la amnistía proclamada en el mes de mayo). Para continuar, algunas fábricas permanecían cerradas. Es el caso de la de tabacos, la más importante en la ciudad, por su elevado número de trabajadoras, o la de fabricación de calzado, cuyos obreros ya se habían declarado en huelga antes de los sucesos de agosto, y muchos de ellos continúan después. Además, se declaró el boicot a la Compañía de Tranvías por el despido y la no readmisión de los tranviarios por su participación en la huelga. Este boicot, convocado por la Federación Local Obrera (anarcosindicalista), fue apoyado por las sociedades socialistas, y huellas del mismo se encuentran en las asambleas de prácticamente todas las sociedades, independientemente de cuál fuese su tendencia, lo que nos habla de elementos de acción comunes a ambas corrientes sindicales. Esta unidad de acción está muy vinculada, sin lugar a dudas, con el hecho de haber conseguido la paralización de la ciudad.

En otro orden de cosas, en los momentos posteriores al conflicto, se observa una utilización de lo sucedido por parte de numerosos sectores. Un ejemplo claro se encuentra en la Fábrica de Tabacos. Como ya se ha dicho, era ésta una de las

<sup>47</sup> Otras fuentes como los procesos judiciales elaborados por la justicia militar nos informan de la enorme variedad sociológica de los detenidos.

<sup>48</sup> Puga y Parga, M. M., *Mi vida*, op. cit., 138.

<sup>49</sup> ARQUIVO DO REINO DE GALICIA, Gobierno Civil, Asociaciones, G-2452/8, 20 y 21 de marzo de 1918, “Unión Tabacalera”.

<sup>50</sup> ARCHIVO INTERMEDIO MILITAR NOROESTE, Gobierno Militar de A Coruña, 01598/ 040, 16 de agosto de 1917, “Causa Ordinaria s/n”, 6.

más importantes de la ciudad, por el elevado número de trabajadoras (era el de cigarrera un oficio mayoritariamente femenino) en cuyo seno habían surgido divergencias de opiniones, que se materializaron en los enfrentamientos (en ocasiones violentos) entre afiliadas a la *Unión Tabacalera* (socialista) y a *La Nueva Aurora* (adscrita a la Federación Local Obrera, anarcosindicalista). Este clima de conflicto, unido a la tensión desencadenada por la huelga, acabó con el cierre de la fábrica por parte de las autoridades. A partir de entonces, las cigarreras emprendieron una activa campaña para lograr la reapertura de la misma, lo que las llevó a entrevistarse con el Gobernador Civil (símbolo más próximo del Estado) para que intercediese por ellas ante la Compañía Arrendataria de Tabacos. Ésta vio aquí la oportunidad de poner fin a las tensiones sindicales dentro de la fábrica: condición *sine qua non* para la reapertura fue la firma de un documento por parte de todas las trabajadoras comprometiéndose a guardar el orden, así como la promesa de poner fin a las rivalidades entre sociedades, bajo amenaza de cierre en caso de ser incumplida<sup>51</sup>. Las autoridades vieron, pues, una buena manera de intentar liquidar uno de los focos de conflicto al contar, después de la huelga, con un elemento de presión esencial a su favor como es el *lock-out*: son ellos quienes tienen las llaves de la fábrica, no las cigarreras.

Por otra banda, los republicanos intentaron sacar partido como colectivo de su profunda participación individual en la huelga (recordemos que algunos de sus líderes locales fueron detenidos y acusados de dirigir la “junta revolucionaria”) durante la campaña electoral poco tiempo después. Así, en las elecciones municipales, pidieron el voto a “los obreros conscientes”<sup>52</sup> después de elogiar su comportamiento durante la huelga. Finalmente, parece que esta campaña no surtió el efecto deseado, al menos no todo, y pese a que los republicanos autónomos se hicieron con la victoria, ésta no fue tan pronunciada como podía esperarse<sup>53</sup>. Viendo

su implicación en todos los sucesos de protesta veraniegos, que les había costado lesiones físicas y meses de presidio a algunos de ellos, quizás aguardasen un mayor calado en contra de la abstención del anarcosindicalismo. A pesar de esto, la estrategia del republicanismo coruñés difícilmente podía ser otra: por un lado, su oposición al gobierno quedó explícita en declaraciones y actuaciones, lo que además, podía ser un efectivo método de ganarse el voto obrero de la ciudad.

A su vez, los obreros asociados, también hicieron una suerte de utilización de los sucesos de agosto. Un ejemplo lo encontramos en *El Despertar Marítimo*, cuando una vez reabierto la sociedad, en una asamblea en la que se trataron, entre otras cosas, el precario estado económico de la misma, se hizo una proposición que pretendía sancionar a los asociados cuyos familiares trabajasen durante la huelga, pues había que intentar evitar las actuaciones de “traidores”. Serviría esto de “castigo ejemplarizante” con el que ganar apoyos ante futuras actuaciones así como contribuiría a paliar las maltruchas arcas de la sociedad<sup>54</sup>.

En otro orden de cosas, lo cierto es que todo lo hasta aquí comentado, no impidió que el movimiento obrero se reorganizase. En cuanto los primeros detenidos fueron saliendo en libertad y se levantó la clausura de las sociedades, resurgió de sus cenizas. Buen ejemplo de ello resultó el mitin organizado en la plaza de toros para exigir la libertad de los presos y la readmisión de los despedidos, en el que tomaron la palabra personalidades de las diferentes tendencias participantes en la huelga y al que acudieron “millares de personas”<sup>55</sup>. Además, las protestas continuaron. Sirvan de ejemplo, una vez más, las cigarreras, que en los primeros días de 1918 llevaron a cabo una protesta contra los “acaparadores”<sup>56</sup> cuando, el encarecimiento de las subsistencias relacionado con el papel neutral de España en la I Guerra Mundial por el que el importante lucro de la venta de productos de primera necesidad a los beligerantes provocó una importan-

<sup>51</sup> *Diario de Galicia*, 24 de agosto de 1917[3].

<sup>52</sup> Directorio del Partido Republicano Autónomo, “Ciudadanos”, op. cit.

<sup>53</sup> Giadás Álvarez, L., *La vida política municipal en La Coruña entre 1900 y 1931*. Sada, Edición do Castro, 1997, 209.

<sup>54</sup> ARQUIVO DO REINO DE GALICIA, Gobierno Civil, Asociaciones, G-2157/2, 04 de diciembre de 1917, “El Progreso Marítimo”.

<sup>55</sup> *La Voz del Obrero*, 22 de diciembre de 1917[3].

<sup>56</sup> ARQUIVO DO REINO DE GALICIA, Gobierno Civil, Asociaciones, G-2452/8, 06 de enero de 1918, “Unión Tabacalera”.



te subida de los precios<sup>57</sup>, las llevó a participar en algo parecido a un motín de subsistencias, más propio de un repertorio de acción colectiva de tipo antiguo, que del moderno que conocimos durante las huelgas de unos meses antes.

Y es que no es de extrañar que a esa altura se utilizase una mezcla de repertorios antiguo y nuevo<sup>58</sup>, lo que se ve claramente en el caso recién mencionado: se acudió al poder inmediato (Gobernador Civil y representantes de la compañía, en este caso), se asaltaron graneros, se recurrió a la petición de piedad a lo que se podrían considerar “autoridades morales” (en este caso a Pardo Bazán, propietaria de uno de los graneros asaltados)... en la misma asamblea en la que se propuso la unión entre diferentes sindicatos usando incluso citas de Marx<sup>59</sup> y poco tiempo después de la activa participación en las huelgas del verano. Así se observa ya no sólo la convivencia entre elementos, sino la adaptación de los mismos. Es decir, el mecanismo de la propia protesta reprodujo elementos ya conocidos pero a través de las nuevas herramientas de las que se disponía, ya que las sociedades obreras pasaron a actuar como portavoces y canalizadores de la protesta, en lo que parecía ser una canalización del malestar producido por un elemento concreto, casi puntual, hacia una protesta y una acción más organizada y de tipo permanente<sup>60</sup>.

### A MODO DE CONCLUSIÓN:

Todo lo hasta aquí expuesto nos presenta un panorama complejo en el que se observan las grietas del sistema. Si bien España no tomaba parte activa en el complejo panorama bélico internacional, conoció también sus convulsiones durante el período.

Lo que parece observarse es una tendencia según la cual las mayores cuotas de episodios vio-

lentos tuvieron lugar en las ciudades de mayor tamaño y con un mayor peso del sector industrial. Lo que sí parece ser un elemento común es que ésta se dio por las dos partes implicadas en el conflicto: fuerzas sindicales y del orden. En el caso de A Coruña que nos ocupa, la violencia existió, pero en una ratio más baja. Se puede decir, aún a riesgo de simplificar en exceso, que ésta se limitó a actos de sabotaje y a detenciones, sin llegar a enfrentamientos armados o a enfrentamientos en las calles.

A pesar de que la mayoría de la prensa del momento se empeñase en calificar la huelga como un fracaso ya desde un primer momento, parece que sería necesario relativizar estos términos. Ciertamente es que como huelga revolucionaria fracasó, puesto que no consiguió el cambio de sistema pretendido, pero también lo es que como medida de presión no lo hizo tanto: consiguió parte de sus objetivos al paralizar ciudades, ya que supuso una seria amenaza para el gobierno. De hecho, no es posible saber qué hubiera pasado de contar con el apoyo de los militares que, organizados en Juntas de Defensa mantuvieron un pulso con el gobierno apenas unas semanas antes. Y de ello eran conscientes las fuerzas obreras que no en vano intentaron una aproximación a ellos, mostrando comprensión con su situación y solidaridad con sus demandas<sup>61</sup>. Sin embargo, en palabras de Carolyn P. Boyd, el Gobierno se había asegurado la lealtad de las Juntas de Defensa al acceder, poco antes, a sus reivindicaciones<sup>62</sup>.

Además, la huelga no sólo supuso detenciones, heridas (cuando no muertes) y clausuras para las sociedades obreras sino que también les reportó un reconocimiento importante y, como ya apuntó Largo Caballero, afianzó la conciencia de clase e hizo que a partir de esa fecha se multiplicasen y fortaleciesen las organizaciones. Les mostró dónde se encontraba su fuerza<sup>63</sup>.

<sup>57</sup> Serralonga i Urquidí, J., “Motines y revolución. España, 1917”, *Ayer*, 4 (1991), 171.

<sup>58</sup> Míguez Macho, A., “Apuntamentos para un estudo da violencia entre as clases traballadoras da Galicia urabana (1890-1936)”, *SÉMATA. Ciencias Sociais e Humanidades*, 19 (2008), 177-197.

<sup>59</sup> ARCHIVO DO REINO DE GALICIA, Gobierno Civil, Asociaciones, G-2452/8, 06 de enero de 1918, “Unión Tabacalera”.

<sup>60</sup> Gil Andrés, C., *Echarse a la calle. Amotinados, huelguistas y revolucionarios. (La Rioja, 1890-1936)*. Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2000, 123-124.

<sup>61</sup> ARCHIVO INTERMEDIO MILITAR NOROESTE, Gobierno Militar de A Coruña, 01600/ 007, 07 de julio de 1917, “A las clases e individuos de tropa del regimiento de ferrocarriles”, 9.

<sup>62</sup> Boyd, C. P., “Violencia pretoriana”, op. cit. 309.

<sup>63</sup> Largo Caballero, F., *Escritos*, op. cit., 9.

Y es que, como dice el refrán, “la unión hace la fuerza”. Y lo sabían. De ahí que la CNT apartase por un momento sus divergencias con la UGT, convocante de la huelga, y se sumase a su iniciativa. Y lo mismo ocurrió con los republicanos, que poco tiempo antes organizaban asambleas para intentar conseguir un cambio constitucional. El hecho de que a la finalmente nonata Asamblea de Parlamentarios acudiese Pablo Iglesias, podía llevarle a pensar en una suerte de alianza con fuerzas republicanas, que en el caso de A Coruña, sí se dio durante todo el verano. Lo que se ve para el caso analizado, es una unión entre diferentes ramas de los movimientos contrarios al Gobierno: fueron autónomas entre sí, cada una tiene sus objetivos y particularidades (en ocasiones enfrentados), mas también tenían puntos de encuentro. Y fue esta unión la que generó complicaciones a las fuerzas del orden y al Gobierno.

Por otro lado, se observa un momento de transición de repertorios de acción colectiva antiguos a nuevos. Sin embargo, esta transición no se produjo de una manera inmediata ni lineal. En España y otros países de la periferia europea como Portugal o Italia, tuvo lugar en el cambio de siglo. Para el caso de A Coruña, ciudad de la periferia no sólo europea sino española, llegó casi dos décadas después. En ese momento, nos encontramos acciones propias del repertorio moderno (como por ejemplo las huelgas, manifestaciones o mítines que se han comentado) que nos hablan de que las organizaciones obreras coruñesas era ya, a esas alturas, elementos organizados, coordinados y consolidados entre los elementos proletarios de la ciudad como para ser capaces de extender una acción capaz de paralizar las tareas productivas de la ciudad durante varios días. Además, pasaron a ser estas organizaciones las que canalizaron las estrategias supervivientes del repertorio antiguo: fue en una

asamblea multitudinaria de la *Unión Tabacalera*, organización sindical, en la que se trataron los asaltos de graneros así como las consecuencias de estos, que se saldaron con varias detenciones.

Además, el hecho de que a lo largo de todas las movilizaciones conocidas en A Coruña durante el verano de 1917 nos encontremos participando mano a mano a elementos proletarios junto los que eran su tradicional enemigo de clase, esto es, la burguesía republicana, apunta hacia una idea desarrollada ya por la historiografía: la modularidad de estos nuevos repertorios de la acción colectiva. Es decir, su versatilidad hace que fuesen usados por elementos teóricamente distantes entre sí y en momentos y lugares muy diversos. Un buen ejemplo resultaría el mitin y la manifestación de junio, con los que comenzaron las movilizaciones hercúlicas de aquel verano. El anticlericalismo fue el elemento común que las llevó a dejar momentáneamente a un lado sus divergencias para llevar a cabo operaciones conjuntas.

Otro ejemplo de la versatilidad que se acaba de comentar, quizás más acertado todavía, fue la existencia de sindicatos católicos, por ejemplo de ferroviarios, que durante el conflicto de agosto, se posicionaron activamente en contra de la huelga. Indica esto la expansión y capacidad de adaptación de estas nuevas formas de acción.

De este modo, las dos vertientes convivieron y, junto con el hecho de no encontrar excesivos brotes de violencia por parte del movimiento obrero, vienen a confirmar algo que ya han señalado hace algunos años investigadores como Dionisio Pereira o Gérard Brey: el movimiento obrero (sobre todo el anarquista), ya no sólo coruñés, sino gallego, se ha caracterizado por ser “arriesgado en las iniciativas, pragmático en las soluciones”.